



Génesis, desarrollo y descomposición de un sistema social

Eduardo Sartelli

La historia de la Argentina ha generado mucha polémica en el campo de los estudios económicos y la problemática del desarrollo. El eje del debate es la sorpresa que provoca el que un país con los recursos naturales de la Argentina, sin una serie de problemas que se consideran obstáculos serios al desarrollo (como la existencia de diferencias raciales o religiosas, analfabetismo y atraso cultural, etc., etc.) y con una trayectoria económica pasada verdaderamente espectacular, haya sufrido un proceso de deterioro tan profundo, visible ya en la década del '60. Ese clima de extrañeza y pesimismo es un resultado tardío de la cultura argentina. A comienzos del siglo XX, la convicción generalizada dentro y fuera del país, confiaba en el “destino de grandeza” que le esperaba. En círculos dirigentes, otra vez, dentro y fuera del país, se estimaba que la Argentina recorrería en el siglo XX el mismo camino que los Estados Unidos en el siglo XIX. La trayectoria económica ayudaba a dar por ciertas esas expectativas: es difícil encontrar un ejemplo de crecimiento económico tan acelerado, con tasas tan altas y tan sostenidas en el tiempo. Sin embargo, hacia la década del '50, la economía argentina comienza a perder peso en el mercado mundial de forma cada vez más pronunciada. Ya hacia los años '70 cede la primacía económica en América Latina a manos de Brasil y México, mientras que en la actualidad hasta una economía mucho más chica, como la de Chile, resulta mucho más atractiva y dinámica. ¿Cómo fue que abandonamos el Primer Mundo al que se supone pertenecíamos hacia 1910? Ése es el problema. ¿Puede recuperarse esa posición o, por el contrario, estamos ante la perspectiva de una descomposición social completa? Antes de responder, es necesario examinar primero esa imagen de éxito que supuestamente preside nuestro presente.

Chico, tardío y agrario

La Argentina es un país capitalista chico. Es un capitalismo que, además, llega tarde al mercado mundial. Se inserta, para peor, en un sector del mercado mundial cuya participación va decreciendo. Veamos uno por uno cada punto. La Argentina es un país de tamaño chico. Eso es obvio. Incluso esa famosa imagen de principios de siglo, cuando se decía que estábamos en el Primer Mundo, era una imagen falsa. La Argentina de 1900 no estaba en el Primer Mundo ni era el cuarto o quinto país del mundo como se gusta decir. La Argentina de 1900 tenía el tamaño de Dinamarca. Tenía un PBI per cápita muy elevado, lo que hace creer que su economía era muy importante, pero este patrón de medida es de muy poca utilidad. Por ejemplo, uno de los lugares con uno de los mayores PBI per cápita del mundo es Islas Malvinas, gracias a los gastos militares y los contratos de pesca. Obviamente, eso no tiene nada que ver con que allí haya un desarrollo social profundo.



La Argentina llega tarde al mercado mundial. Cuando la economía argentina comienza a diversificarse y a expandir nuevas ramas productivas, el mercado mundial de esas ramas está ya ocupado por competidores más eficientes, con mayor escala de producción y niveles de acumulación más elevados. La industria textil, por ejemplo, tiene más de cien años en el mundo cuando la Argentina comienza su desarrollo en esa rama. Lo mismo sucede con metalurgia, maquinarias agrícolas, automotores, máquinas herramientas, química, etc. Ingresar con esas ramas en el mercado mundial implica enfrentarse a competidores como Estados Unidos, Alemania, Inglaterra o Francia, que no sólo tienen una industria instalada hace rato, sino que tienen mayor escala productiva. De modo que el tamaño y el tiempo se suman para reducir las posibilidades competitivas. Cuanto más chico y más tarde es peor, es más difícil encontrar un lugar importante.

Además, Argentina es un país que produce materias primas agropecuarias. A medida que avanza la división del trabajo, el peso de cada rama productiva disminuye en el total del mercado, lo que significa que un país que se mantiene atado a una sola rama tiende a perder peso relativo general, aún cuando sea un productor muy importante. Esa es la razón por la cual la Argentina, que no ha podido superar la acumulación de capital más allá de la producción agraria, ve decrecer su participación en el mercado mundial. Uno de los elementos que ha contribuido a disimular durante mucho tiempo ese fenómeno es la renta diferencial. La producción industrial funciona a partir de la ganancia. El productor industrial opera en condiciones tales que todas las ventajas que pueda obtener debido a mejoras técnicas son potencialmente reproducibles por cualquier competidor. De modo que sus ventajas son siempre temporarias, lo que lo obliga a innovar constantemente y, consecuentemente, a derrumbar permanentemente los precios de sus mercancías. Los productores agrarios (que reciben la ganancia media como todo el mundo) dependen de la disponibilidad de tierras y deben pagar a sus dueños un porcentaje para poder acceder a ellas. Eso se llama renta absoluta: el permiso del terrateniente para usar ese medio de producción. Ahora bien, no todas las tierras son iguales. El que tiene las mejores tierras tendrá ventajas competitivas difícilmente igualables porque la calidad de la tierra no puede reproducirse sin costos superiores. En esas condiciones, una vez ocupadas las tierras mejores, la demanda obligará a ocupar tierras peores, elevando los precios. El dueño de las tierras mejores percibirá un ingreso superior, atribuido a la mayor calidad de su tierra. Por encima de la renta absoluta se creará, entonces, una renta “diferencial”, que surgirá de la diferencia de la renta que perciben los productores en las tierras peores y las mejores. ¿Quién paga por este ingreso superior de las tierras mejores? El burgués industrial, que verá cercenada parte de su plusvalía al tener que pagar salarios mayores a sus obreros. Un país que recibe una renta de este tipo (porque sus tierras son las mejores) tiene un ingreso extra. Ese ingreso extra le ha permitido a la Argentina tener un nivel de acumulación de capital superior a capitalismo de tamaño similar, repercutiendo en mejores variables sociales y políticas también. Lo que hace todavía más misterioso el atraso argentino, en particular, el de su industria, beneficiada por esta demanda extra que genera la renta diferencial. ¿Por qué la Argentina no desarrolló una industria poderosa? Es otra forma de expresar el mismo interrogante que preside este capítulo. Para contestarla, sin embargo, hay que formularla mejor.



Uno de los problemas mal planteados es: “¿por qué la Argentina no tuvo una industria importante?”. Está mal planteado porque es falso que la Argentina no tuviera un desarrollo industrial importante. La Argentina en la década del ‘60 tenía una estructura industrial equivalente o superior a la de Brasil y México. Hasta la década del ‘60 el aparato industrial argentino era superior al de cualquier país de América latina y estaba más o menos a la altura de, como se decía en la época, los países de desarrollo capitalista intermedio. La Argentina tuvo industria automotriz, lujo que pocos capitalismo han podido darse. Tuvo desarrollo de fábricas de máquinas herramientas (y de capitales locales). Por lo cual es falso que la Argentina no haya tenido un desarrollo industrial importante. Lo que sí es cierto es que la Argentina no ocupó un lugar central en ninguna rama de la producción industrial en ningún mercado mundial. La industria argentina tenía un tamaño importante pero era mercado-internista. ¿Por qué la industria argentina ha carecido históricamente de competitividad a escala mundial? Aunque el “todavía hoy” hay que relativizarlo un poco, la pregunta retiene su validez: ¿por qué la industria argentina no puede, entonces, encontrar nuevos renglones en el mercado mundial? ¿Por qué tiene que estar condenada al mercado interno? Veamos.

Agro, industria, deuda y competitividad

La Argentina se establece en un sector en el cual es muy eficiente en relación al mercado mundial, la producción agropecuaria. Una de las leyendas sobre la agricultura argentina habla de un atraso profundo, producto del dominio de terratenientes absentistas y parasitarios. Falso. La primera cosechadora automotriz del mundo se inventa en la Argentina. Para 1926, había en la Argentina 20.000 cosechadoras automotrices y en EE.UU. unas pocas decenas. La Argentina tuvo un desarrollo de la producción de maquinaria agrícola que no existía en otros lugares. La productividad del agro pampeano era fabulosa en comparación a la productividad norteamericana, canadiense, australiana o neozelandesa. El agro pampeano en la década del ‘30 sobrevive a la crisis mientras que el agro norteamericano (y el canadiense) se funde. Era (y es) tan productivo que la necesidad de mano de obra era mínima, porque la productividad por hombre ocupado era (y es) elevadísima. Por eso tiene una capacidad competitiva muy importante. Este sector altamente eficiente de la economía argentina creó un mercado interno muy importante, con una capacidad de compra muy elevada.

En la década del ‘30, cuando el mercado mundial se fractura y los países del llamado Primer Mundo se ven obligados a retirarse, a establecer barreras arancelarias, a imponer límites al comercio, en la Argentina ese mercado interno adquiere una protección de hecho. La menor capacidad de venta lleva a la menor capacidad de compra, ya sea por las devaluaciones monetarias o por trabas para-arancelarias. Además, hay una fractura de la moneda internacional, la libra, lo que estimula procesos de devaluación que implican protección automática. Cuando uno devalúa la moneda, automáticamente está protegiendo la producción local. En la década del ‘30, se establece un sistema proteccionista de hecho en casi todo el mundo, incluida la Argentina. No lo inventa Perón, como quiere la leyenda liberal, lo inventa el gobierno de Agustín P. Justo.



Un gobierno de características liberales, con un ministro procedente del socialismo que termina su carrera política unos treinta años después como ultra liberal, Federico Pinedo.

Ese mercado interno muy grande y protegido es el que da pie a que se desarrollen industrias que no pueden competir si se las deja expuestas a la competencia internacional. La escala de la producción y las ventajas que tiene pertenecer a un capitalismo grande, limitan la capacidad competitiva, algo que se agrava en un contexto de mercados protegidos: al retraso técnico hay que sumarle las barreras arancelarias y para-arancelarias. Eso determina que la productividad de la industria argentina se ubique por debajo de la productividad mundial. Pero cuando se protege alguna actividad económica, alguien tiene que pagar la protección. Cuando alguien recibe subsidios, directos o indirectos, alguien los tiene que pagar. Normalmente, ya sea en forma directa o indirecta, esos subsidios perjudican a una fracción de la burguesía en detrimento de otras, restándole capacidad de acumulación al disminuir la plusvalía de la que puede apropiarse. En el caso argentino, el beneficio lo recibe la economía no agraria y lo paga la burguesía agraria. Es decir, el burgués agrario explota a los obreros agrarios pero no puede retener toda la plusvalía que consigue. Mientras esa plusvalía sea la correspondiente a la renta diferencial, el proceso productivo agrario no tiene por qué detenerse, pero en cuanto supere ese monto, la agricultura entrará en un ciclo recesivo.

La magnitud de ese monto depende también de los tamaños relativos de los sectores agrarios y no agrarios. Mientras los sectores agrarios sean más importantes que los no agrarios, el crecimiento de éstos últimos a expensas de la renta diferencial y aún de la ganancia media agraria no ofrecerá mayores problemas. La dificultad surge cuando el tamaño de la economía no agraria crece más allá de lo que puede ser sostenido por la economía agraria. Durante toda la década del '30 la situación no resulta preocupante, pero ya bajo el primer gobierno de Perón comienzan a manifestarse los síntomas de una enfermedad incurable. Perón formaliza este proceso de transferencias de plusvalía desde sectores agrarios a no agrarios a través del IAPI (Instituto Argentino de Promoción del Intercambio), que compraba el grano a un precio más bajo, lo vendía al mercado mundial a un precio más alto y con la diferencia subsidiaba el desarrollo industrial. El resultado lógico era la protesta de los sectores agrarios y el apoyo de los industriales. Ambos sectores se peleaban por apropiarse de la plusvalía extraída al conjunto de los trabajadores, por lo cual escucharlos hablar sobre cosas tales como la "justicia", el "derecho" o "la patria" con el sólo interés de defender su parte de la torta, no deja de constituir un espectáculo tan gracioso como el que representan dos ladrones peleándose por el reparto del robo. Pero eso no quita que este funcionamiento de la economía no tuviera consecuencias más allá de las meramente sectoriales.

Efectivamente. En la economía argentina, el sector agrario, que es más eficiente, tiende a perder plusvalía, tiende a ser expropiado de plusvalía por los sectores menos eficientes. Es decir, por los sectores industriales, que tienen muy poca potencia económica pero mucha capacidad de presión política. Como el tamaño de la economía industrial tiende a crecer con el tiempo, los industriales ganan un apoyo muy importante con el crecimiento de la clase obrera industrial. El peronismo se arma sobre esa base. La relación entre la burguesía industrial y la clase obrera industrial se fundaba en el desarrollo de la industria mercado internista, sobre la base de girar subsidios del agro a la industria. Cuando los sectores agrarios querían tomar



el control del gobierno para poner fin a estas transferencias de ingresos, tenían que apelar a un golpe de Estado, porque resultaba imposible ganar elecciones prometiendo desmantelar la base económica de la vida de la mayoría del país. Cuando los sectores industriales querían conseguir que el gobierno tomara medidas de defensa de la industria nacional, les bastaba con sacar obreros a la calle. La burocracia sindical peronista ha jugado siempre ese papel. La fórmula huelga, movilización y ... subsidio, ha dado muchos créditos a la alianza peronista. Por eso, no toda huelga y no toda movilización es una defensa de los intereses de la clase obrera. Por ejemplo, cuando Moyano exigía la devaluación, lo que estaba pidiendo era que los trabajadores paguen más caro todo para que la burguesía industrial argentina, que estaba fundida, obtuviera una masa de plusvalía que de otra manera no podía obtener. Por eso, cuando Cavallo sostenía que “la devaluación es una medida impopular”, tenía razón. Que él lo dijera defendiendo otros intereses es otra cuestión, pero que la devaluación es una gigantesca confiscación de los salarios, es algo que no hace falta repetir. La burocracia sindical peronista siempre ha jugado este papel de defensora de los intereses de la burguesía industrial y, secundariamente, de los intereses de la clase obrera.

Entonces, movilizando a las fracciones industriales de la clase obrera a través del peronismo y de la burocracia sindical peronista, la burguesía industrial tenía una enorme capacidad de presión sobre los gobiernos de turno. La burguesía agraria tenía una capacidad política mucho menor, carecía de base política de masas. Sin embargo, esta debilidad era contrapesada por su dominio de las divisas para el intercambio internacional. Dado que era el único sector exportador, la burguesía agraria era la dueña del intercambio internacional. Así, para todo lo que fuera importación de bienes de capital, la burguesía industrial dependía de la burguesía agraria. Al afectarse la tasa de ganancia agraria, el resultado inmediato es des-inversión, caída de la producción y de las exportaciones. La consecuencia directa era el estrangulamiento del sector externo por ausencia de divisas y la crisis industrial. Este fenómeno tiende a agravarse con el tiempo si junto con la población no crece paralelamente la productividad agraria, de modo de compensar la caída de las exportaciones por mayor consumo interno con la expansión de la producción.

En algún punto, entonces, los subsidios industriales tienen que ser eliminados, se produce una enorme crisis industrial y los sectores agrarios recuperan rentabilidad. Este vaivén producido por la transferencia de ingresos sectoriales resta capacidad de acumulación a largo plazo del conjunto de la economía. El resultado de esta disputa es un crecimiento económico muy accidentado. La curva de crecimiento de la economía traza una figura parecida a un serrucho: se crece mucho en algunos años, se acaban las divisas porque los sectores agrarios no exportan, como los sectores agrarios no exportan hay que eliminar los subsidios industriales, la industria se cae y con ella toda la economía entra en una profunda depresión, hasta que la expansión agraria vuelve a recomponer las condiciones de acumulación. No deja de existir un crecimiento económico positivo, pero expresa una tendencia al crecimiento muy débil. El promedio es una línea que se eleva lentamente.

Internacionalización y descomposición social



Desde los años '60, la economía argentina ha pasado por crisis cada vez mayores, todas las cuales están precedidas por una caída de la producción agraria en el contexto de una expansión de la productividad del agro, la reducción de una parte importante del capital industrial obsoleto y el crecimiento de la productividad industrial general, incluso permitiendo que algunos sectores adquieran capacidad de competencia internacional. Este proceso es impulsado por una nueva capa de la burguesía que se consolida a fines de los '60, aunque su existencia puede datarse de mucho antes. En todos en estos movimientos que hemos descrito, de crisis y recuperación, progresivamente comienza a desarrollarse en la Argentina un sector de la burguesía industrial que empieza a tener una capacidad de acción distinta. Tiene un tamaño mucho mayor, una intensa relación con el capital transnacional y encuentra rápidamente un techo a su capacidad de acumulación en el mercado interno. Este capital transnacional, esencialmente norteamericano, pero también europeo, tiene una dinámica que busca romper esa relación con el agro, única forma de superar los límites que éste le impone a su acumulación. Esos sectores más concentrados llegan al poder con Onganía y son los que impulsan una reestructuración profunda del conjunto de la economía argentina, promoviendo su desarrollo en profundidad sobre la base de nuevos métodos y técnicas que proceden a desplazar mano de obra y liquidar capitales sobrantes. Es decir, son los que impulsan la desocupación, la liquidación de todos los sectores industriales ineficientes y la apertura al comercio mundial para eliminar a toda la burguesía sobrante. Además, son los que concretan una nueva alianza con los sectores burgueses agrarios más poderosos y el capital transnacional. Empieza a formarse, entonces, bajo Onganía una cúpula que reúne a sectores agrarios muy poderosos con sectores industriales también muy poderosos, tanto nacionales como extranjeros. Estos sectores son los que van a llegar al poder con el Proceso, y son nuestros modernos Pérez Companc, Techint, Macri, Arcor. Pérez Companc logró, aunque sea brevemente, colocarse como productor petrolero con alguna inserción en el mercado mundial, mientras Techint es hoy el mayor productor de caños de acero sin costura y Arcor es la mayor productora de golosinas del mundo. Estos productores industriales parecen haber roto ese maleficio de la industria argentina, parecen haber logrado una producción a escala mundial, lo que les permite militar en contra de la política mercado-internista y formar con el agro y el imperialismo una asociación estrecha. Son estos sectores los que van a conformar una alianza política propia que denominamos “alianza militar”, por ser las fuerzas armadas su primer personal político y el que la llevó a la victoria sobre la “alianza populista” que se expresaba en el peronismo.

Se ha dicho que esta alianza expresa al capital “financiero” y que la esencia de su política es la destrucción de la industria. A esa tesis se la conoce como de la “des-industrialización”. El capital financiero sólo buscaría la especulación rentística, creando condiciones de acumulación de capital productivo imposibles. Obviamente, esta tesis tiene clara filiación ricardo-keynesiana y es una forma de defender al “capital productivo” como “buen” capital, frente al “malo”, el capital financiero. Se toma como prueba de su existencia, la intensa especulación financiera producida a fines del Proceso militar. Desde este punto de vista, si la especulación arruinó al país, va de suyo que su salvación no consiste en eliminar el capitalismo mismo, sino desarrollar el “capitalismo bueno”. Al subdesarrollo provocado por el capital financiero, habría que oponer más desarrollo capitalista. La devaluación de la moneda, el proteccionismo y los subsidios



estatales son los componentes básicos del programa “productivo”, el programa de la alianza populista que vendría a rescatar a la nación del naufragio neoliberal. El problema es que la des-industrialización no se verifica empíricamente, tanto porque algunas ramas han aumentado su productividad (expulsando población como consecuencia), mientras otras han desaparecido como consecuencia de la relocalización a escala mundial. Sólo una mirada torpemente nacionalista puede negar el proceso de desarrollo mundial (y local) de las fuerzas productivas. Por eso, más que el resultado de un menor desarrollo capitalista, los problemas de la Argentina actual derivan del propio desarrollo capitalista. El problema es el capitalismo mismo.

Esta tesis de la des-industrialización imagina a la cúpula burguesa conformada por bancos y financieras, que se expresarían a través de los economistas de FIEL o la Mediterránea. Esa definición de capital financiero no es la que surge de Lenin, aunque hay muchos marxistas que la suscriben. Para Lenin, el capital financiero se conformaba a partir del comando unificado de un conjunto de empresas productivas, dirigidas desde un banco o entidad financiera. El desarrollo del capital financiero, en el sentido leninista, presupone el desarrollo de las fuerzas productivas, no su retroceso, implícito en la versión ricardo-keynesiana. Sin embargo, la denominación “financiero”, igual que “monopolista”, se presta a confusión, razón por la cual es preferible evitarlo, aunque la caracterización leninista encaja perfectamente en la cúpula de la burguesía argentina actual.

Efectivamente, la cúpula burguesa que compone esa alianza puede definirse de esa manera y el período de intensa especulación financiera de fines del Proceso Militar, debe verse como un momento en la constitución de la misma. En realidad, todo capital, llegado a cierta magnitud y diversificación, puede requerir un comando financiero, tanto para reciclar y circular la plusvalía entre diferentes empresas propiedad o controladas del grupo, como para dar salida a sus excedentes líquidos o asegurarse la captura de plusvalía procedente de sus actividades pero que van a parar a manos de otros. El camino inverso, de bancos que toman posesión de capitales industriales (se “industrializan”), también es maniobra común y corriente. Además, la financiarización tiene por función crear cercos protectores contra las maniobras de otros capitales, sobre todo en momentos de alta volatilidad y especulación financiera, como la que caracterizó al final del gobierno militar. En la perspectiva que manejamos aquí, es el tamaño del capital lo que cuenta y no las funciones que realiza. Aunque una y otra cosa van de la mano, no es la separación financiero/productivo lo que importa, sino grandes versus medianos y pequeños. Y esta separación es más importante, incluso, que esa otra que prefiere separar capitales nacionales de extranjeros. Aunque esta división también cuenta, al igual que la división por función, son características subordinadas a la que arbitra según tamaño. Así, lo que vemos confrontar son coaliciones de grandes capitales frente a otros de menor porte. Como la financiarización es una posibilidad que otorga el tamaño del capital en juego, y como el capital tiende a acumularse más rápidamente fuera de la Argentina, es lógico que cuando hablamos de “gran capital” nos refiramos a una mezcla en la que tienden a predominar capitales financiarizados de origen extranjero, junto con los pocos locales que logran alcanzar los tamaños adecuados y, en algunos casos, replicar esa financiarización. También resulta lógico que cuando hablamos de capitales menores o débiles nos refiramos sobre todo a una amalgama de capitales escasa o nulamente financiarizados de origen local. Algo similar



sucede con los capitales “mercado-internistas” y los exportadores. Los más grandes tenderán a ubicarse, de preferencia, en este último sector en tanto exportar no es algo asequible a cualquiera, aunque hay grandes capitales ubicados necesariamente de cara al mercado interno (servicios públicos, peajes, etc.).

Este proceso de financiarización no elimina las transformaciones productivas que se desarrollan en el seno de la economía. Es más, forma parte de ellas. Una burguesía que ha acumulado gran cantidad de capital líquido en la breve fase de expansión financiera, puede en una coyuntura distinta transformar ese capital dinero en capital productivo. Algunos sectores de la burguesía argentina buscan reinsertarse en el mercado mundial sobre la base de esa expansión financiera y capitalizando subsidios restados a las fracciones de capital más débiles, a las fracciones de capital industrial que carecen de capacidad de defensa, que son todos los de histórica orientación peronista. Eso ha dejado dos o tres ramas productivas con capacidad competitiva y el resto o no existen o vegetan. En la actualidad, la rama agropecuaria sigue teniendo la misma capacidad competitiva que siempre ha tenido y se le han sumado dos o tres: algunos sectores de la petroquímica, algunos sectores de acero, y alguna que otra cosa más suelta por allí ligada a la agroindustria.

Si bien pareciera que ha mejorado la situación, en la medida en que ese vaivén del que hablamos antes habría sido eliminado, el conjunto de la economía sigue sometida al hecho de que la productividad del trabajo continúa creciendo a una velocidad inferior a la que reina en el mercado mundial. En consecuencia, la economía argentina continúa describiendo ciclos de unos siete a ocho años de crecimiento importante que dan paso a depresiones profundas, cuyo disparador ya no es la rentabilidad agrícola sino la deuda. Es que el conjunto de la economía ha financiado el atraso permanente de la productividad con un incremento explosivo de la deuda, en la medida en que los ingresos agropecuarios ya no son suficientes para sostener el proceso de acumulación local, aún en momentos de precios elevados. Agotada la gallina de los huevos de oro, toda ampliación general de la economía requiere de inyecciones extra de ingresos, a fin de superar la barrera agraria. Esta es la causa de la política que sistemáticamente desarrollan las fracciones burguesas que han tomado el comando del estado con el golpe del '76, que se centra en la fijación del tipo de cambio.

Un tipo de cambio alto perjudica a los importadores pero beneficia a los exportadores. Perjudica a los que repatrian ganancias o tienen deuda en divisas. Todo proceso de expansión comienza con un acuerdo entre las diferentes fracciones burguesas acerca del tipo de cambio, que normalmente debe ser alto para garantizar la expansión del capital local. Fijada la paridad, el proceso normal es la tendencia a sobre-valorar del tipo de cambio: en la medida en que la entrada de divisas producto de la expansión presiona a la baja al dólar, el estado se ve en la obligación de adquirir dólares y recomponer reservas para mantener la paridad. Además, los necesita para responder al pago de los intereses de la deuda. Tarde o temprano, la agudización del atraso de la productividad del trabajo impulsa las presiones devaluatorias, mientras el mercado interno se ve inundado de importaciones y compra de empresas por parte del capital extranjero. Para defender la moneda, como quieren los capitales endeudados en divisas, es necesario apelar a la deuda. Se produce así una espiral en el que la deuda sostiene el tipo de cambio y el tipo de cambio estimula la deuda. En algún punto, coincidente con una crisis financiera internacional, la situación explotará y se abrirá la pelea en el seno de la burguesía: los capitales mercado-internistas, buscando la devaluación; los internacionalizados,



buscando la defensa de la paridad. El resultado suele ser el descalabro general, devaluación, crisis financiera y quebrantos masivos. La principal beneficiada por la coyuntura será la burguesía mercado-internista, apoyada por la masa de la población, que deberá pactar con los grandes capitales internacionalizados la forma en que se les resarcirá de los daños causados. Los bancos serán respaldados por un congelamiento de depósitos y una expropiación masiva de ahorristas y los grandes capitales endeudados en divisas verán licuar su deuda, transformada por una vía u otra en deuda estatal. Suele acompañar a la crisis un proceso hiperinflacionario que reduce los salarios brutalmente. Se procede luego a normalizar la situación externa con una refinanciación que reiniciará un nuevo ciclo de endeudamiento, siempre a cambio de nuevas concesiones al capital imperial, se llame privatizaciones, exenciones o apertura de mercados. Así terminaron el Plan Martínez de Hoz, el Plan Austral y el Plan Cavallo.

Aunque la burguesía devaluacionista obtiene ventajas temporarias de la crisis, los procesos de expansión tienden a expropiarla, razón por la cual pierde peso económico y social a largo plazo. Los que ganan son los capitales más concentrados de esas dos o tres ramas de las que hablábamos más arriba. El problema es que con esas fuerzas productivas no puede sostenerse la población a la que históricamente dio lugar. Esa es la base de la desocupación de masas actual, que no es coyuntural. Al contrario, el crecimiento económico en las condiciones en que se produce en la Argentina, que no es más que una variante más aguda de lo que se produce a escala mundial, no hace más que multiplicar desocupados y profundizar la polarización social extendiendo la miseria y la descomposición nacional. La única posibilidad que le queda a un capitalismo como el argentino, fuera de deuda y devaluación, es una abundancia excepcional de mano de obra barata, recurso que tampoco está disponible, al menos en condiciones competitivas con otros reservorios mundiales de fuerza de trabajo. Esa es la razón por la que el imperialismo y la burguesía más concentrada impulsan la desnacionalización progresiva del espacio local de acumulación, bajo la forma de MERCOSUR o de ALCA. Cuesta ver, en ese panorama, cuál puede ser la viabilidad de la Argentina como espacio de acumulación nacional. Parece razonable pensar que ninguno, al menos en las presentes relaciones sociales.

En vísperas de la VII Asamblea Nacional de Trabajadores Ocupados y Desocupados, pareciera que todo es ya trama del pasado, objeto del recuerdo, una bella joya de la memoria (o una mala pesadilla de una noche de verano, según quién lo mire). ¿Qué pasó con esa “vida nueva” que quería conocer su propia experiencia? ¿Qué fue de sus entusiastas constructores? ¿Está perdida esa experiencia para el futuro inmediato? ¿Sigue siendo nuestra la plaza o ya no? Es decir, ¿se acabó el Argentinazo?

El Argentinazo es, en realidad, la cuarta gran crisis que vive el capitalismo argentino desde el Proceso militar. La primera es la que dio por tierra con el último gobierno peronista, 1975. La dictadura cayó por culpa de la segunda, en 1982. La tercera derribó al primer gobierno elegido por los mecanismos de la democracia burguesa tras el Proceso, el alfonsinismo, en 1989. La cuarta es la que culmina con el



Argentinazo. Siete años tardó la primera en desembocar en la segunda, siete también para que ésta cayera en la tercera, doce para que apareciera la cuarta. Tres planes económicos que prometieron soluciones definitivas (Martínez de Hoz, Sourrouille, Cavallo) mordieron el polvo entre crisis y crisis. Hemos tratado de explicar en el primer capítulo, por qué razones parece más que dudoso que Lavagna pueda triunfar, con la misma receta, donde otros fracasaron. Menos cuando, al momento de escribir este epílogo, la economía argentina comienza a perder las condiciones excepcionales que hicieron posible la recuperación kirchnerista: el tope (y la tendencia a la caída) al alza de los precios internacionales de la soja y el petróleo, las tensiones inflacionarias, el retorno al endeudamiento, el fin de la recuperación basada en la devaluación y el empleo de la capacidad instalada ociosa y el freno a las pretensiones asalariadas. Ahora el kirchenerismo comienza a enfrentarse a la realidad de los problemas generales de la economía argentina.

Como ya señalamos hace tiempo, toda la cuestión sobre la viabilidad de la reestructuración capitalista en Argentina depende del alineamiento de la productividad del trabajo local con la del internacional. La medida del éxito es la expansión del volumen y la diversificación del contenido de las exportaciones, un índice del grado de penetración en mercado mundial y de la conquista de nuevas posiciones en su seno. La consecuencia obvia de dicho proceso sería el fin del retraso cambiario permanente, en tanto que el poder de una moneda no es más que el reflejo de la productividad del trabajo que la sostiene. Dijimos hace rato que, de no darse esta situación, el “ajuste” sólo significaría sangre, sudor y lágrimas para nada. El resultado hasta ahora es exactamente ese. Pero el problema es aún más grave, porque la Argentina no hace más que seguir estrechamente el ciclo mundial, en particular el ciclo americano: 1975, 1982, 1989, 2001, son momentos de crisis aguda de la economía yanqui. El ciclo mundial no parece haber logrado una recuperación de largo plazo. No hay razones para que la Argentina resulte la excepción. Por el contrario, la economía argentina es uno de los eslabones más débiles de la economía mundial. No hay nada, entonces, que permita negar la posibilidad de una nueva explosión económica, con su consecuente desenlace político.

La crisis del '75 permitió el ascenso de la contrarrevolución. El alfonsinismo surgió de la crisis material del personal político que realizó la tarea militar de la contrarrevolución. La pequeña burguesía interviene en el proceso político encabezando la lucha contra la dictadura, arrastrando a la clase obrera a la salida parlamentaria a la crisis de la dictadura. El alfonsinismo en sus ilusiones (no en su realidad) se encontraba algo más a la izquierda, representaba las ilusiones centro-izquierdistas, democratizantes de la pequeña burguesía. El menemismo brotó de la crisis del '89 como una vuelta de tuerca de la contrarrevolución, donde la pequeña burguesía y la clase obrera se enfrentan exigiendo la primera la estabilidad económica, mientras la segunda se debate entre la parálisis y los saqueos. De esa confusión política generalizada se nutrió la pax riojana, aceiteada con un poder de compra artificialmente elevado. Pero la crisis del menemismo torpe de De la Rúa significó un realineamiento de las alianzas: por primera vez desde la caída de la fuerza revolucionaria de los '70, fracciones enteras de la clase obrera y la pequeña burguesía trazan una alianza con tendencia a la independencia de clase frente a la burguesía y a la hegemonía creciente del proletariado en su interior.



Esa es la novedad del período, la emergencia de una alianza de fracciones de las clases subalternas que tiende a darse una orientación revolucionaria. En el contexto de las tendencias profundas a la crisis en el capitalismo mundial, ese eslabón débil que constituye el capitalismo argentino no sólo tiende a la descomposición, sino a la formación de una alternativa revolucionaria. Eso es lo que diferencia el proceso abierto por el Argentinazo de los que surgieron de las crisis anteriores: abre un período revolucionario, en el que, más allá de los reflujos, ha dado fin la crisis ideológica generalizada en el seno de las clases subalternas. No importa que el kirchnerismo aparezca hoy como una alternativa ante los ojos de las masas. Ha aparecido ya el germen del partido revolucionario en el seno de la Asamblea Nacional de Trabajadores Ocupados y Desocupados. No importa que esté ahora en franco retroceso e incluso que el agrupamiento más importante en su interior, el Bloque Piquetero Nacional, se disuelva. Que haya disputas de orden político agudos, que terminen con la salida de agrupaciones o, peor aún, desarmándolo en sus partes constituyentes, no altera la situación porque el proceso de desarrollo del partido requiere de esa disputa. Es a través de esa disputa que se construye el partido. La realidad que los ha creado (y que han creado) no va a desaparecer porque las nomenclaturas se dispersen.

¿Qué hacer, entonces, mientras dura esta pausa en la tormenta? Defender las organizaciones conquistadas y disputar contra el derrotismo interesado de los intelectuales pasados al kirchnerismo. Defender la ANT y combatir las ilusiones kirchneristas, esa es la tarea del momento. Mantener viva la llama de la revolución, de eso se trata.